

# EL FIN DE LOS MERCENARIOS





**La derrota  
de Bukavu:  
abatido  
Schramme,  
se acabó el  
poder  
blanco en  
Africa**

**C**ON el pecho descubierto y un gran crucifijo al cuello, el alemán Heinz Weissmann, el mercenario más alto y huesudo, nos saludó a la entrada del campamento más sucio que pueda imaginarse. "Esta es la vida del mercenario —nos dijo—; a veces, rodeado de lujo; a veces, cubierto de basura". El barro estaba en todas partes. Cubría los postes del alambre de espino tendido alrededor del campamento. Centímetro a centímetro iba ascendiendo por las paredes de plancha ondulada de las primitivas cabañas. Goteaba sobre los improvisados lechos, húmedos de por sí. Los mercenarios, los "gigantes blancos", que huyeron a Ruanda ante el ejército del Congo, se hallaban sumergidos en suciedad.

Ruanda había declarado el campamento zona militar acotada. Dos cinturones de de- **SIGUE**



Arriba, Schramme, el jefe mercenario derrotado. En el grabado de la doble página, una vista del interior de una de las barracas improvisadas del campamento: la suciedad reina por todas partes «Así es la vida de los mercenarios —ha dicho uno de ellos—; unas veces, rodeados de lujo, y otras, de basura».

fensa —rodeados de alambradas y vigilados por patrullas— separaban a los mercenarios del mundo exterior. El mando supremo del ejército hizo saber: «Quien pise el campamento sin permiso, será castigado por espionaje con prisión no menor a cinco años».

Nosotros nos escondimos de las patrullas en la choza de tablas de Weissmann. Por entre las rendijas se podía ver el barracón del jefe de los mercenarios, Schramme. En el «cuartel general» de Schramme desaparecían oficiales belgas, instructores del ejército de Ruanda, para recibir del jefe de los mercenarios el parte del día: «Último recuento: en el campamento se encuentran 109 blancos, 856 gendarmes katangueños y 1.010 mujeres y niños negros».

Un bahutu del ejército de Ruanda, con un gigantesco casco blanco de acero sobre su pequeña cabecilla, miró desconfiadamente a través de la abertura de la puerta. Nos escondimos tras una caja en un rincón. Heinz Weissmann, el teniente alemán de Nuremberg, sonrió con una mueca: «¡Malditos tiempos! Ni siquiera la prensa del mundo libre puede trabajar hoy con libertad. En Bukavu era otra cosa, ¿verdad?».

### **edificado por alemanes, demolido por mercenarios**

Hacia tres meses que nos habíamos conocido, fue el 9 de agosto en el Bodega-Bar, en los sótanos del hotel «Royal Residence», en Bukavu, precisamente el día que los mercenarios conquistaron la ciudad más bella del Congo. Por aquel entonces, Weissmann llevaba en Bukavu un uniforme kaki con complicadas dobleces y una ametralladora. Ahora, en el campamento de Tsangasha, mostraba un pantalón corriente lleno de manchones y se encontraba completamente desmoralizado.

Nos acomodamos en cuclillas en el armazón de tablas, codo con codo. Estábamos: Weissmann; su mujer, Carola Castanier; el mercenario Carlos Schmitt (llamado «Mini-Schmitt», de 1,55 metros de estatura); su amiga Madeleine Vandellannoite y Patrick, de dos años, hijo de Madeleine. Los dos alemanes pretendían llevar a sus mujeres (ambas de color) a Europa y contraer matrimonio con ellas. Ya han formulado a la Cruz Roja las peticiones pertinentes. Además, Schmitt se ha comprometido a adoptar al pequeño Patrick.

Madeleine y Carola vendrán a Europa como sea: casadas legalmente o no. Sería imposible para ellas regresar a Bukavu. Durante la ocupación de esta ciudad por los mercenarios, la rolliza Madeleine fue locutora de Radio Bukavu. Bajo el nombre guerrero de «Panthère Noire» (Pantera Negra), se estuvo mofando del ejército nacional congoleño, que durante tres meses atacó con un contingente de 1.500 hombres a la tropa de mercenarios blancos, que contaba sólo con 109. «Si me cogen —dice ella— me darán un tipo de muerte que supera todo lo que hasta ahora se haya probado...».

Carola padece de malaria. Trató de llegar sola a la letrina, pero no consiguió pasar sobre un tubo de veinte centímetros de altura que se encontraba en la entrada. Weissmann tuvo que llevarla. Al día siguiente, el problema estaba resuelto: el barro había cubierto el tubo.

Con ese tubo se hundió uno de los más prometedores proyectos alemanes de ayuda al desarrollo: el gobierno de Ruanda cobijó a los mercenarios huidos de Bukavu y a los gendarmes katangueños en una fábrica de té, que debía comenzar a funcionar en pocos meses. Fue planeada por iniciativa del Mercado Común Europeo, y



Arriba, soldados de Ruanda prestan servicio de vigilancia en torno al campamento de los mercenarios. Abajo, en el campamento viven hombres y mujeres: las esposas negras de los soldados de la aventura.



# EL FIN DE LOS MERCENARIOS

construida por una empresa alemana. Las plantaciones y la fábrica de té estaban destinadas a mejorar decisivamente la situación económica en la empobrecida Ruanda del Sur.

Los técnicos no querían dar crédito a sus ojos cuando el domingo, cinco de noviembre, una enorme caravana de camiones militares subía rampando por la pista de barro que va de Cyangugu a Tsangasha. Creyeron ver fantasmas cuando los camiones salvaron la última montaña antes de llegar a la fábrica y de ellos descendieron dos mil hombres, mujeres y niños. Esta gente, vestida de cualquier modo, se lanzó a todos los lugares que ofrecían posibilidades de dormir: a la gran nave de elaboración, a las salas de máquinas y en los armazones de tablas que habían sido construidos para proteger los costosos aparatos de elaboración de té, aún sin montar.

Llovía a raudales, y en la fábrica de té, situada a 1.800 metros de altitud, hacía frío. Nadie sabe quién comenzó, pero todos hicieron lo mismo: rompieron los armazones de madera, protectores de las máquinas y piezas de recambio, y encendieron hogueras.

Descubrieron los stocks de finas planchas metálicas, cuidadosamente colocadas, destinadas al techo de la sala de calderas y construyeron con ellas pequeñas chozas. Emplearon en ello piezas de las máquinas, barras y otros objetos: piezas que nadie puede sustituir en África. Asaltaron el cuarto de herramientas y repartieron martillos, ganzúas, clavos y tornillos. Ante los ojos de los boquiabiertos técnicos, los mercenarios y los kanguenios destruyeron en veinticuatro horas el trabajo de todo un año, ocasionando destrozos por valor de 1.700.000 pesetas.

## los internados llevan pistola

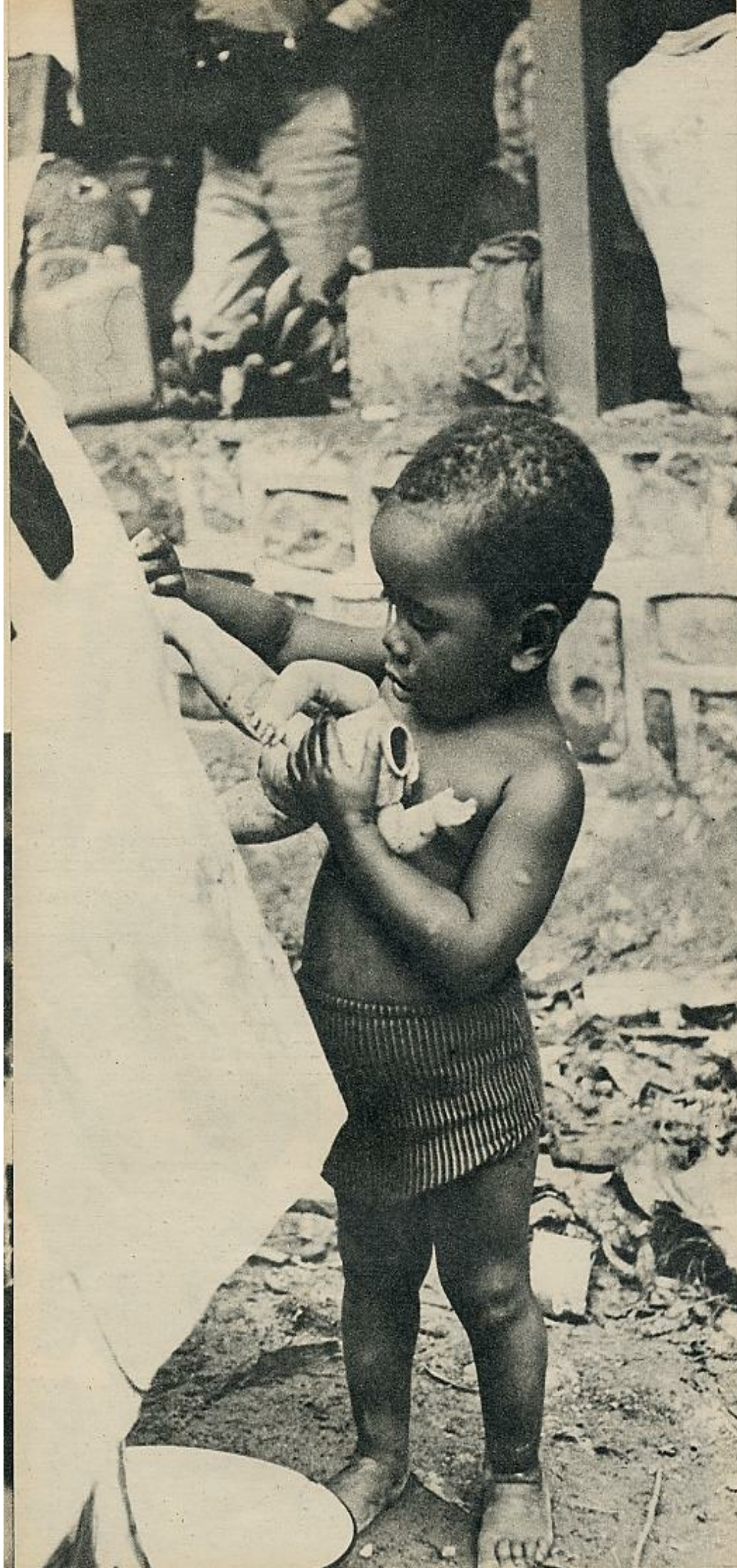
La misma tropa, que ha destruido por muchos años la tranquila convivencia entre blanco y negro por medio de la revuelta, puede seguir haciendo en el exilio lo que quiera. Es sencillamente inconcebible que el gobierno de Ruanda haya dejado a esta partida de proscritos uno de sus más valiosos proyectos industriales para que lo destruyan (sin consultar a los financieros europeos, por supuesto). La Cruz Roja había propuesto cobijar a los mercenarios en un campamento de tiendas en Kigali. El gobierno de Ruanda rechazó la propuesta, porque no quería tener a los avezados luchadores tan cerca de su capital.

Ruanda, en general, ha tratado a los «gigantes blancos», ahora silenciosos, con bastante generosidad. Al parecer se les despojó de sus armas al cruzar la frontera. En el campamento no he encontrado un solo blanco sin pistola y munición. El mayor Schramme, el jefe de los mercenarios, me contó de pasada: «Los oficiales de Ruanda me tratan como un enemigo de guerra al que se respeta: con nobleza, guardando las formas, con rectitud militar». No existe ningún secreto en este trato caballeresco: Schramme es belga, y la mayor parte de los oficiales del ejército de Ruanda son también belgas.

Pero Schramme da la impresión de ser un hombre al que se le ha partido la co- **SIGUE**

★

Cuando llegaron los mercenarios a Ruanda, en su huida después de la derrota de Bukavu, en el Congo, eran ciento nueve blancos, ochocientos negros y mil diez mujeres y niños igualmente negros. Una pequeña juega aquí con los restos de su muñeca.



lumna vertebral. Se hallaba en cuclillas en un rincón de la barraca de oficiales. Los demás oficiales mercenarios jugaban al mus y al ajedrez; Schramme meditaba sobre un mapa del Congo. Le pregunté cómo se había producido la primera derrota de una tropa mercenaria blanca frente a un ejército africano.

## los perros devoran a los muertos

Schramme se explicó así: «Falta de munición. Ya no nos quedaba un cartucho. El ejército del Congo ha atacado, acribillando y bombardeando Bukavu durante tres meses. Al principio los pilotos de los aviones eran italianos. Establecieron contacto por radio con nosotros y se disculparon por tener que lanzar cohetes contra sus propios paisanos. Eso lo notaron los congoleños. Consultaron con el cuartel general de USA, en Kinshasa y los americanos pusieron a su disposición pilotos cubanos exiliados. Desde ese momento, los ataques aéreos se hicieron mucho más peligrosos.

«Contábamos con apoyo de Angola. Hemos construido una pista de aterrizaje, pero no era suficientemente consistente. Dos aparatos que traían material se estrellaron al aterrizar.

»Durante un par de semanas hemos intentado asaltar, por medio de pequeños contraataques, posiciones del ANC (Armée Nationale Congolaise) y apoderarnos así de munición. Pero las bajas no estaban ni mucho menos en proporción con el botín militar. No merece la pena que muera un hombre para obtener cien cartuchos. Cuando vimos claro que Bob Denard no podía traernos ayuda de Angola, di la orden de retirada».

El francés Bob Denard trató de ayudar a Schramme, en Bukavu, desde Angola, apoyándose en doscientos mercenarios, pero tras algunos éxitos iniciales en la provincia de Katanga no pudo seguir y fue expulsado de nuevo del país por las tropas congoleñas.

«No es tan sencillo —sigue contando Schramme— pasar una frontera bajo una nube de balas con mil soldados —entre ellos numerosos heridos— y mil mujeres y niños. La evacuación de Bukavu, a través del río Ruzizi hacia Ciangugu, duró un par de horas. Tengo que agradecer a los «sudaffs» (sudafricanos) el que la caravana pasara sana y salva. Ellos formaban la retaguardia y cubrían la retirada. En la última jornada cayeron cinco blancos. Tres de ellos eran "sudaffs". Los "sudaffs" fueron mis soldados más valientes, pero quizá también eran ellos los únicos que sabían por lo que luchaban».

Unos congoleños que llegaron a Ciangugu procedentes de Bukavu nos contaron más tarde: «Los cinco cadáveres se encuentran en el primer gran cruce de calles a la entrada de Bukavu. Se quedarán allí hasta que los perros los hayan devorado por completo».

Es característica de los mercenarios hablar de muertos como del tiempo que hizo la semana pasada.

A los mercenarios se les puede echar en cara todo menos odio racista. Están entusiasmados con sus novias negras y suelen declarar que consideran a la mujer blanca tremendamente aburrida, en especial como esposa. Lo que temen, en cambio, de ellas es el contagio de enfermedades venéreas.

Pero en Bukavu podían mandar a las chicas a reconocimiento y tratamiento con un médico belga. Claro que las mulatas de Bukavu, como las novias de los dos alemanes, no entran dentro de esta categoría. Proviene de buenas familias, están educadas a la europea y en su comporta-



A los mercenarios se les puede echar todo en cara menos el odio racial hacia las mujeres. Desde el Congo se llevaron con ellos muchas muchachas. Algunos tienen hijos con ellas y piensan casarse en cuanto puedan regresar a Europa.



Arriba, una vista del campamento en que se encuentran recluidos los mercenarios blancos en Ruanda. Toda una fábrica de preparación de té fue destruida por ellos para albergarse. Tropas ruandesas los vigilan. Abajo, el jefe mercenario Schramme: «Me tratan bien —ha dicho—, como un prisionero de guerra».



## EL FIN DE LOS MERCENARIOS

miento no se diferencian en nada de las elegantes mujeres mestizas tal y como se las encuentra en París o Bruselas.

En toda África no ha habido jamás una mezcla de razas tan concentrada como en esta tropa. También Schramme tiene su negra. En contraste, incluso el mayor Leonard Monga, el dirigente de los katangués, así como su suplente, el capitán Pierre Nawe, están casados con mujeres blancas. Teóricamente, el África de la hermandad negrblanca que todos intuyen no es, ni mucho menos, lo peor. En la práctica no es tan fácil de realizar como habían imaginado Schramme y Monga al conquistar Bukavu.

### el mercenario despertó de su ensueño

La gran mayoría de los africanos negros quiere encontrar por sí misma su propia paz. Ya no quieren ningún tatuaje de los blancos. La «etapa gubernamental» de Schramme, después de tres meses en Bukavu, ha despertado de nuevo el sordo odio de los negros hacia los blancos. En la persona de Schramme toma cuerpo para ellos ese conocido tipo de europeo que pretende seguir dando órdenes en África. Cuando mataban un blanco, pensaban: «Es como Schramme, blanco, y por ello no puede ser de otra manera».

Según él, Schramme pretendía «salvar al Congo». Hay muestras suficientes que testifican que ha conseguido precisamente lo contrario. El mejor ejemplo de esto se encuentra quizá en la península de Mohari, en Ruanda, a sólo un par de cientos de metros de la costa congoleña. En el extremo de esta península, rodeada de una plantación de té, se encuentra una casa medio derruida: la nueva residencia del cónsul alemán de Bukavu.

Visitamos al cónsul en aquellos días en los que se esperaba un ataque del ejército nacional congoleño al campamento mercenario. El cónsul se encontraba en la puerta de la casa con unos gemelos ante los ojos. Miraba hacia Bukavu. Hoteles, escuelas y fincas seguían aún ardiendo. Seguían haciendo explosión las minas que habían sembrado los mercenarios.

«Allí —dijo el cónsul— está mi casa, mi parcela, mi embarcadero. ¿Divisa usted esas manchas blancas en la superficie del agua? Esos son mis libros. La casa ha sido totalmente saqueada. A la derecha, esa gran construcción, es nuestra fábrica, Pharmakina. El depósito de quinina ha recibido un bombardeo de lleno. La fábrica sigue en pie, pero en las plantaciones se ha destruido el trabajo de años. Nuestra fábrica tenía 4.000 empleados, y proporcionaba comida a casi 20.000 personas en la provincia de Kivu. En el Congo nos hemos encontrado como en nuestra propia casa. Me pregunto si habrá siquiera posibilidad de reparar lo que Schramme ha provocado».

El sueño de Schramme de un Congo de los blancos se ha desvanecido. De los 160 blancos que partieron el 5 de julio para conquistar Bukavu sólo quedan 109. El resto: desaparecidos, heridos, caídos.

La derrota de Bukavu significa el fin de los mercenarios blancos en África. Los propios mercenarios están buscando nuevos lugares de guerra. «Cuando salga de este maldito campamento —dice el teniente Weissmann— me casaré con Carola. Y después... después quiero irme a Bolivia. ¡Allí tienen una guerra tan bonita!».